

Tiempos medios. II.

("El Nervión", Suplemento literario, Bilbao 9 febrero
1892)



Tiempos medios

1-45

II

Cuando pasé al segundo curso de mi bachillerato llevaba con la desilusion del primero la ilusion por este segundo, pues siempre nace la una de la otra y como el verde follaje de la primavera se nutre del graso mantillo que las amarillas hojas, caidas en otoño dejaron al pié del tronco, así, de los deshechos desengaños se nutren las esperanzas nuevas.

Seguí con los mismos profesores, Barron para el segundo de latin y Carriño para las historias.

En este curso, el de 1876-77, pasamos al edificio propio del Instituto Provincial. Es, sin duda alguna, uno de los más hermosos de Bilbao. El y el Hospital Civil, con la Basílica, era lo único presentable del Bilbao de entonces. La severidad sencilla del Instituto le sienta á maravilla y la ancha plaza le dá lugar. ¡Qué gozo subir con el libro bajo el brazo aquellas tan desoçadas escaleras! ¡pasearnos por sus claros corredores!

Recuerdo con qué curiosidad al ir al óscusado echábamos una ojeada al jardin prohibido, y otras veces á los gabinetes de física é historia natural ¡cuándo llegaríamos á aquello!

Habia, como hay hoy, dos escaleras; la principal para los profesores y personas serias y la reservada para los alumnos y chiquillos. A la salida de las clases, despues de aquella crudelísima hora y media de asiento y atencion fingida ó forzada, la expansion era deliciosa. Bajábamos la escalera reservada tumultuosamente, impeliéndonos, dando penetrantes chillidos, y gritando ¡Potraaa! Esto se lo decíamos al excelente Julian, el portero.

Julian, como todos los bodeles, conserjes y porteros que he conocido y conozco, era bondadosísimo. Aún le recuerdo, gordo y calmoso, paseándose por el corredor mientras leía el *Flus sanctorum* y nos preguntaba á los latinos: ¡vamos, decírme qué quiere decir *ego sum pastor bonus*?



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

115.2/27



1-45

Cuando bajábamos de aquella manera perdía su calma, se sofocaba, suplicaba, amenazaba, seguro de que nadie le haría caso, y recuerdo que un día el pacífico y óptimo Julian llegó á decir: un puñetazo mio y la muerte, todo es uno. Esto no lo olvidaré jamás.

Cuando Julian murió, pensé algun tiempo si nuestras intemperancias le habrían abreviado la vida, llevándole antes de tiempo á la mansion en que le esperaban aquellos hermanos suyos, cuyas vidas él tan asiduamente leía en el *Flis sanctorum*.

Yo era de los tranquilos, pero aquél bajar precipitados, aquellos gritos, aquél tumulto de la libertad recobrada, aquella polvareda me alegraba el corazon.

El segundo curso de latin fué mucho más duro que el primero. ¡Cuánto me hizo sufrir lo de «primero el sujeto con todas sus dependencias, luego el verbo con sus adverbios si los tiene etc., etc.»

¡Qué hermosas tardes perdí revolviendo aquél tomazo de diccionario y perdiendo mi vista en él! Recuerdo que nos poníamos á fatigar el espíritu sobre el maldito diccionario mi buen amigo desde la niñez, Mario Sagarduy y yo.

Por cada voz latina daba el librote diez, doce ó más términos castellanos, á granel, sin orden genético ni lógico, sin explicacion. Recordamos todos los vocablos y seguíamos no entendiendo pizca. Teníamos que ordenarlo, cosa árdua sabiendo los significados todos, é imposible no sabiéndolos. Salía de aquél ejercicio fatigado y aburrido. Había que recurrir al pasante, que de ordinario se veía como nosotros, había que conjeturar el sentido, con lo cual se desarrollaba la inventiva, y para colmo, si alguno llevaba el trozo bien ordenado y bien traducido, le decía Barron: ¿quién se lo ha empapuzado á usted?

Los textos que de ordinario se traducen, Nepote, Tio Livio, Salustio, son para los chicos de una aridez insoportable. De todo lo que tradujimos solo recuerdo al leon agradecido.

Singular idea me formé de los escritores latinos. Me los imaginaba yo escribiendo á la pata llana, expresando sus ideas en el mismo orden que nosotros las expresamos, y entreteniéndose luego en dislocar las frases, diseccionar los períodos y desparramar los vocablos



1-5-2/27

1-45



aquí y allá, al capricho, para atermentar á los niños de las generaciones futuras. ¡Vaya una diversion la de aquellos literatos! ¡componer rompe-cabezas!

Y creia esto porque oia hablar de órden natural, órden lógico, órden inverso, y otras zarandajas, y no concebía que á nadie se le pudiesa ocurrir expresar sus ideas en otro órden que aquél en que yo las expresaba.

No quiero dejar pasar la ocasion de dar una muestra de los efectos que aquellos errores producian en mí.

Mil veces oia hablar de lo filosófica que era la lengua latina, vaciedad tantas veces repetida.

Aprendí cómo en latin dos negaciones afirman, y este caso especial era presentado como uno de los más filosóficos. ¡Como si al hallarse dos negaciones en una frase tengan por fuerza que embestirse una á otra, reñir y devorarse mutuamente sin que de ellas queden ni los rabos, y no puedan darse amigablemente el brazo y así, de bracet, comprendiendo que la union es fuerza, aunar las suyas! ¿Por qué han de irse cara á cara y no marchar paralelas?

El caso fué que revolviendo yo en mi mente esa doctrina caí en la cuenta de que, segun ella, era incorrecto decir: no hay nada. Pues yo decía; *no* y *nada* son negaciones, la una niega á la otra, luego «no hay nada» equivale á «hay algo» y empecé á sustituir la frase «no hay nada» por esta otra: «no hay», porque «hay nada» me parecia un absurdo. Y ¡no poco que se rieron de mí cuando á la pregunta: ¿qué hay? me oyeron contestar: ¡no hay!

Más tarde he sabido que *nada*, por *cosa nada* es de la forma antigua *nado*, *nada*, participio del verbo nacer (*natus*, *a*, en latin) y equivale «no hay nada» á «no hay cosa nacida», es decir: «no hay cosa alguna».

Pero mi ejercicio sobre la frase «no hay nada», que me llevó á escribir unas notas, me sirvió no poco de gimnasia mental. No hay mal que por bien no venga.

Sali del latin sin haber aprendido jota.

El aula en que teníamos la clase de historia era espaciosísima y habia en ella mapas. Me entretenía en clase en fabricar titeres de cera,



453/27

por lo cual me tuvo Carreño dos ó tres días de rodillas, duro castigo para el bolsillo de los padres!

De las explicaciones de historia no recuerdo palabra.

El texto me mareaba. ¡Mi ir y venir de pueblos, con nombres raros, desfile de reyes y guerras, aquel intrincamiento de parentescos, matrimonios y repartos de herencias, me producía el mismo efecto que más tarde me ha producido el maremagnum de la Exposición de París y el desfile de los museos de Florencia y Roma.

Venían reyes y los mataban tan pronto, que no me acojonaba su muerte porque no me habían dado tiempo á conocerlos, y era tal el trajín, que deseaba hubieran acabado de una vez matándolos en una batalla á todos.

La guerra de las Dos Rosas y las cruzadas, es lo que más presente me quedó.

No llegábamos ni con mucho á la revolución francesa, distraídos en curiosear vanamente lo que hicieron chinos, indios, persas y caldeos.

¡Cuántas veces he pensado si fuera posible estudiar la historia al revés, empezando de hoy para caminar hacia el ayer, invirtiendo el orden del tiempo!

Me dejó la historia retintín de nombres y éco de batallas. Todo había sucedido por disensiones domésticas de los reyes, por piques de parentesco. Parecía aquella historia un largo y sangriento proceso á causa de una sucesión testamentaria.

La de España, como menos concentrada que la Universal, me dejó más impresión, sobre todo aquello de que *en Calatañazor perdió Almanzor su tambor* y la aparición de Santiago en Clavijo.

Mi aversión á la historia y cómo me he reconciliado con ella y mi tercer curso, el de retórica y matemáticas, lo dejó para otro artículo.

MIGUEL DE UNAMUNO.

